

cancionero para deshumanos



cancionero para deshumanos

francisco de león

Textos de Silvana Rabinovich
& Fernando García Moggia

Ilustración de tapa de Anna Chagra



LIBROS DE LA VORÁGINE

Cancionero para deshumanos (Barcelona/Santiago de Chile, 2025)

de Francisco de León

Rasguñar algo de humanidad durante una noche blanca de Silvana

Rabinovich

Escribir con otros de Fernando García Moggia

Edición y maqueta de Lucho Tapia

Ilustración de cubierta por Ana Chagra

ISBN: 978-84-120736-8-3

Impreso en España / Printed in Spain

Algunos Derechos Reservados. Este libro se puede copiar, prestar, leer en público o en privado, a viva voz y en susurros, transmitir por medio de cualquier aparato electrónico (o no) existente o todavía por inventar, y en realidad usar de cualquier manera siempre y cuando ese uso no sea comercial.

Índice

| | |
|--|----|
| <i>Rasguñar algo de humanidad durante una noche blanca</i> | 9 |
| <i>Escribir con otros</i> | 13 |
| I. OCASO | 21 |
| ocaso | 23 |
| barcos | 35 |
| II. NOCHE | 37 |
| máquinas | 39 |
| xu lizhi | 41 |
| minas | 45 |
| terror | 47 |
| III. MAÑANA | 55 |
| epitafio | 57 |
| esquimo | 61 |
| deshumanos | 65 |

Rasguñar algo de humanidad durante una noche blanca

¿Quién canta (y a quién) desde el ocaso hasta la mañana?

A pleno sol de medianoche, Francisco de León ofrece un *Cancionero para deshumanos*. Son cantos para dormir y para despertar. Nanas para sosegar el dolor de la injusticia. Cantos para despertar a la Humanidad dormida de la pesadilla aparentemente interminable de una gesta deshumanizadora.

El libro se divide en tres partes. La primera es una larga plegaria de la hora del *ocaso*, una teología singular que no se interesa en el saber, sino que inquiere -en un diálogo poético en que un padre pregunta al hijo- sobre los *sabores* de Dios. ¿A qué sabe la sangre de Dios, hijo?/ Sabe al peor de los vinos, a uvas muertas./ ¡Qué sangre tan frívola/ que prefiere verterse en cálices y no en campos/ de batalla,/ que se ofrece como mágico elixir y no como/ herida...(p. 10) Esta oración de apertura hace un guiño a la «imagen y semejanza» que la deshumanización busca borrar en el rostro del otro. El *ocaso* cierra con esos vehículos del colonialismo que son los barcos, entre gritos de ¡tierra! y ¡fuego! Los dos elementos se atropellan (p. 19): *No se engañen ustedes,/ señores trashumantes,/ por supuesto los vieron venir/ como los vemos ahora/ que el grito de ¡Tierra!/ nos arde pecho adentro/ a canto de ¡Fuego!* Primera instantánea: la deshumanización de «indio».

La segunda parte remite a una *noche* imparable: noche de máquinas y pantallas que anestesian de hastío, noche blanca de terror. El poema se expresa en un ritmo maquínico que recuerda a la obsolescencia del hombre de Günther Anders: *Máquinas*

que no aman/ máquinas que no odian/ máquinas que no sienten/
máquinas que no piensan// Y sin embargo// máquinas que vigilan/
máquinas que hieren/ máquinas que matan (p. 21). Oscilando entre
el ruido de las máquinas y el silencio de las muertes (p. 22). A las
máquinas les sigue aquel poeta «equilibrista» que voló: *xu lizhi*.
Poeta obrero quien, al constatar la muerte industrial, y haberse
atragantado con *toda esta vida oxidada*, afirma haber tragado *una*
luna de hierro (p. 24). Segunda instantánea: deshumanización del
obrero. La noche se adentra en las minas, del amigo Antonio
dice el autor que *ni la mina ni su sombra pudieron arrebatarlo*
del mundo de la vida (p. 25). No lo arrebataron gracias a los
libros encarnados, a la evocación esperanzada del silencio y
la espera del tiempo de la escucha y de la conspiración. Tercera
instantánea: la deshumanización del minero. Noche blanca de
insomnio, de ver el terror (p. 27) en las pantallas, anestesia ante
el sufrimiento del otro, que nunca es ajeno. Ritmo febril del
horror: anestesia. Pantalla-cíclope: espejo del terror. El terror
tiene una segunda parte. Dicen que «las segundas partes no son
buenas». Aquí es la máquina vista en la pantalla, acelerando el
ritmo mortal de *limpiar los cuerpos como escombros* (p. 29) destruir
para construir... Hay una tercera parte, que evoca al Moloch
envejecido, retirado, olvidado, silenciado (p. 30) por la *infinita*
muerte industrial/ infinita derrama monetaria/ infinita derrama
de sangre... Cuarta instantánea: deshumanización, por partida
doble, de las víctimas y de los espectadores en un genocidio
grabado en tiempo real.

El cancionero cierra con una *mañana* (tal vez *un* mañana)
entre plegarias de humanidad: un *epitafio* para honrar al padre
(p. 32), su último abrazo; un aguafuerte *esquimo* que eterniza
la herencia refrescante, dulce y humilde del abuelo... El alba
irrumpe, potente, en una oración matutina que, desde la honra
ancestral, llama a despertar de la pesadilla deshumanizante. La
larga lista de los «deshumanos», que da el nombre y la razón de
ser al libro, en una respiración casi asmática, señala los horrores
de *los evangelios monetarios* (p. 39), una exhortación a *arrojarse a*

la vida como último acto de resistencia (p. 40) para entonces volver a aprender a morir. Quinta instantánea, panorámica, de la mano asesina -visible- del capital.

Salterio del dolor y del amor, este *Cancionero para deshumanos* está escrito con la tinta de la esperanza acongojada que humaniza. Sus salmos rasguñan las tinieblas con la débil fuerza de la confianza en la memoria de lo humano. Estas páginas auguran una lectura anhelante bajo el resplandor de una noche blanca

Silvana Rabinovich.

Escribir con otros

Cuando Francisco me propuso escribir un texto que acompañara a su *Cancionero para deshumanos*, y luego de que él mismo me comentara brevemente de qué iba, mi primera reacción fue más de duda que certeza. Primero, porque considero que un poema no necesita más compañía que la del lector, y que toda palabra extra que haga presencia en ese encuentro termina muchas veces estorbando. Y, segundo, porque juzgo que si hay dos experiencias que nos dejan sin palabras, que de alguna manera nos exponen a lo que queda fuera del lenguaje, a eso que llamamos «indecible», son precisamente aquellas dos experiencias de las que trata este libro: la poesía y el crimen. ¿Qué puedo agregar al respecto?, pensé entonces.

Pero, precisamente, cuando no logro expresar en pocas palabras una inquietud, siquiera una sensación vaga, es muchas veces un poema el que sale en mi encuentro y me ofrece en pocas líneas una conjetura. Esto me ocurrió a los pocos días de haber hablado con Francisco, cuando un nombre escuchado en una conversación me llevó al lugar indicado. El nombre era Erri De Luca y el lugar los últimos cuatro versos con que cierra un poema acerca del bombardeo de Belgrado que le tocó presenciar:

*En la guerra las palabras de los poetas protegen la vida
junto a las plegarias de una madre.
En una guerra los huérfanos y quienes no tienen un libro
están al descubierto.*

Leer esto. Imaginar esos lugares en los que no se ha estado. La ruina humana, material, animal. La palabra desolación quedando inmensamente chica, apenas un vocablo piadoso. El silencio. Las palabras de una madre. Y un libro, un libro de poesía.

Estos versos se me han quedado dando vueltas en el cuerpo durante días. Y ahora mismo pienso que, justamente, en la cualidad de esa resonancia consiste la diferencia radical entre la poesía y el crimen. Pues si el crimen nos deja en el cuerpo un silencio lleno de horror, la poesía en cambio nos ofrece un silencio pleno de sentido, uno en donde habita el rostro del otro, la palabra del otro. Es un silencio, el de la poesía, que habilita un encuentro, entre el poema y el lector, por supuesto, pero sobre todo entre nuestra experiencia y la de los demás. En él se deja oír el murmullo de lo vivo. Una comunicación que ni siquiera el video más vívido podrá nunca realizar.

Cancionero para deshumanos surge en ese espacio de conciencia abierta a la palabra del otro, a la experiencia, al encuentro del otro. Su motivo es el crimen porque el crimen —es decir, la anulación del otro, de su memoria, de su cultura, de su derecho a vivir— es tan antiguo como la poesía misma, y hoy en día, en esta época de guerras y genocidios, constatamos dolorosamente que incluso resulta más vigente. Pero no es este un libro que se complazca en la constatación de este hecho, sino uno que busca una forma de trascenderlo. Y en esa búsqueda, capaz de desechar viejas melancolías y nuevos pesimismos, el poema sale al encuentro de los demás, del dolor de los demás, sea pidiéndoles prestadas sus palabras (como ocurre con Xu Lizhi), sea recordando los crímenes coloniales o exhortándonos, a nosotros, los lectores, a una acción común. Porque como el mismo Francisco me dijo alguna vez, la verdad del poema no se agazapa entre los hechos, sino que se lanza hacia el mañana.

Vuelvo, entonces, a mis palabras iniciales, y caigo en cuenta que en el verbo «acompañar» resuena ya una acción hermosa, que disuelve el culto a la soledad de la escritura. Y pienso que

los poemas de este cancionero son también una compañía, un otro al que poder escuchar cuando nuestras palabras flaquean. Yo quisiera también hacer de compañía para quienes lo lean. Y por eso, no digo más.

Fernando G. M.

*Al pueblo palestino, al pueblo mexicano
y a quienes mereciendo vivir, resisten*

*Para Raquel Mosquera, por que conspirar
no es otra cosa que respirar juntos*

En varias ocasiones, por ejemplo, citó a un alemán que alguna vez escribió:

«hasta el árbol que florece miente cuando percibe su florecer sin la sombra del espanto». El mismo alemán, me dijo, que decretó que la poesía no era posible después de Auschwitz. ¿Y después de la guerra en México?, ¿y después de Latinoamérica?, preguntaba, ¿cómo es posible que Latinoamérica aún tenga poesía después de Latinoamérica, después de 1492, y después de 1500, y después de 1521, y después de 1955, y después de 1973, y después de 2006, y después de 2014, y después...?

Bruno Ruiz

*Para escribir una poesía
que no sea política
debo escuchar a los pájaros.
Pero para escuchar a los pájaros
hace falta que cese el bombardeo.*

Marwan Makhoul

I. ocaso

OCASO

Get down of the cross, we could use the wood...

Tom Waits

Una tarde inmóvil. Una tarde inmóvil. Un quedarse
quieto desde la piel hasta el último resquicio.

Un viento que toca como muro, piedra quieta en la
que se esculpe este cuerpo:

Ruina,

tumba
y templo

que mira al sol callado

sin poder derramar siquiera

una gota de sudor en su nombre.

Un estar así,
de pie

frente a lo que se ha perdido,
lo que se contempla hacia dentro porque no cabe en el
paisaje.

Una tarde inmóvil, sin aquí,

y con un allá inalcanzable y
doloroso.

Un nacer y un morir se que se
saborean en el mismo
instante
porque son el mismo instante ya sin velos.

Una forma permanente de decir adiós sin poder partir,
una voz que se repite con la monotonía de lo eterno.

¿A qué sabe la creación de Dios, hijo?

*A seis días de vacío y un día de olvido que nunca
acaba,
a brebaje de curandero charlatán, sabe a lo que
saben los huecos hallados sólo con un tropiezo, sabe a páramo.*

*... Y qué quietos están sus habitantes, qué
forma de brillar la de su cautiverio,
con cuánta sed lucen sus bocas secas como promesas, con qué cansancio
duermen hasta sus sueños,
en qué forma reconocen al ladrón
sus miradas despojadas de la luz y la caída.*

Alta traición la del océano que dejó de moverse.
Abandono de los marinos,
terrible redentor de los naufragios,

¿dónde quedarán los pecados de la sal si a la piedad
te rindes?
¿dónde serán los peces suaves del tacto

y los voraces depredadores de la sangre apasionada?

Necesitamos la tormenta, el viento que desgarrar
nuestras velas,
el crujir de la madera que se rinde

al momento más alto de tu sinfonía triunfante.

No nos abandones ahora que sabemos ahogarnos o sujetarnos al
tablón que nos arroja a flote
y luego a tierra
y de ahí al deseo de lanzarse de nuevo en tu ritmo inagotable.
No perdones,

no aprendas nunca del perdón,
mucho menos ahora que inmóviles te miramos desde puertos
vacíos.

¿A qué sabe el nacimiento del dios verdadero, hijo?

*A fuente inagotable de mentiras, sabe al germen
vacío de la pureza que nunca debió ser probada.
ausencia de sombra y de luz
útil para el descenso.*

*¡Vaya forma de decir adiós a la naturaleza, de negarse
a compartir el mundo,
vaya forma de pretender el mundo hasta lograr
que el mundo muestre un odio incalculable.*

Silencio y luego periferia.

Una lágrima que no deja de caer, una lágrima
inmóvil como la tarde.
Ahogarse en esa lágrima sin remedio,
porque su agua no es del llanto sino del olvido.
El llanto era una forma de gritar vida, hoy de él queda un
recuerdo poco claro,

una fotografía amarillenta y desmemoriada en la que
posamos por costumbre.
Queda del llanto no más que una mueca sobre campos
secos,

un rumor de polvo
que rinde homenaje al abandono de la piel.

¿A qué sabe el cuerpo de dios, hijo?

No sé, pero no sabe a cuerpo,

*al probarlo no queda en la lengua ni pasión ni
deseo.
inútil buscar en él un resquicio para saborear,
un punto donde hincar los dientes
para provocar el inconfundible terremoto epidérmico que
comprueba la existencia del otro, Nuestra
existencia en el otro.*

*Sabe al más estéril de los actos: Sacrificio sin
entrega:*

*¡Qué forma tan brutal de egoísmo!
Exige pruebas de amor quien se sabe amado.
Exige devoción aquel que prefiere*

*ofrecer su costado a los filos de las lanzas antes que a
nuestros tactos nocturnos.*

¡Qué cuerpo tan poco cuerpo

ese que viene de lugares tan altos

y no sabe nunca lo que es el despegue!

En la quietud de la tarde se busca un ruido con
los oídos hambrientos, un sonido aunque sea simple:
gemido,

lamento,

grito,

voz,

suspiro, cristal rompiente,

aullido,

graznar,

suspiro,

deseo,

deseo.

Porque el deseo suena,
suena como cuando se suma la piel al gemido
y el gemido se suma a otra piel anhelante
y esa otra piel se suma al lecho y el lecho a la
tierra funeraria

y la tierra se suma a las raíces del inicio y las raíces al
universo todo.

Suena el deseo

y en esta tarde inmóvil, a punto de
olvidarlo

los caracoles de las orejas le buscan le sueñan,

apenas con un último esfuerzo, pero nada,
ni un solo eco,

ni territorio donde buscar. No encuentran,
no pueden siquiera romperse, su hambre no
cesa,

calla, pues se ha devorado a sí misma.

¿A qué sabe la sangre de dios, hijo?

Sabe al peor de los vinos, a uvas muertas.

¡Qué sangre tan frívola

*que prefiere verterse en cálices y no en campos
de batalla,*

*que se ofrece como mágico elixir y no como
herida*

*o como desgarradora fuente para ríos de
vida,*

ni como gota espesa,

sutil testimonio del dolor primero!

Su sangre me pesa como lluvia de lamentos.

*Esta tarde se adelantó a todos los vuelos, a todos los pasos
por andar,*

*a todos los sentidos y las direcciones, pero están en
ella todos los paisajes:*

la montaña con su nieve,

los ríos congelados bajo el espíritu, los desiertos
insomnes que velan

a seres que les comparten la piel;

están las cúspides y las dunas,

el hierro y la piedra de cada ciudad

que victoriosa reclama como suyo el terreno; pero están
también los huesos,

las vacías cuencas de ojos que nunca supieron
cerrarse,

el minúsculo paso final de la sangre al volverse a la
tierra y al olvido

que le dieron forma.

¿A qué sabe la muerte de dios, hijo?

Sabe al primero, en verdad, de sus milagros.

*sabe igual que las catedrales,
que las vestiduras de todos los santos, sabe a madera
que no es árbol*

*y cuyo único fruto es un hombre marchito, derrotado
por sí mismo
y sus formas tan poco vitales, sabe a caída, a
golpe último sobre la tierra,
a cenizas dulces.*

¡Qué manjar de ruinas!

¡Qué forma de sentir renacer el apetito!

*Pusimos en nuestras lenguas su muerte como
hicieran con su vida los embusteros. Festín de
tres días:*

*el primero una certeza frutal,
al segundo embriagante ensueño, y
al tercero, con el último bocado,
fue la tarde.*

De frente ante el ocaso,

sin más que horizonte al frente,

los brazos se extienden para tratar de golpear ese
ojo gran astro y lograr un parpadeo,
un asomo de noche aunque sea breve,
oscuridad para echarse a dormir
y obligar al sueño, más breve aún,

a invadir el cuerpo todo con su sombra.

Vano es el esfuerzo,

los brazos insensibles
caen a los costados.

Se palpa el terreno con las plantas desnudas. Para
saber si hay algo que detenga una carrera

kamikaze.

Nada hay,

nada vale,

nada.

¿A qué saben la resurrección y el espíritu nuevo, hijo?

No tienen sabor.

Saben a una tarde inmóvil,

*a un quedarse quieto desde la piel
hasta el último resquicio,
ya no sentir el viento como muro,
sino ser el muro,
ser la piedra lapidaria
y tener en los labios
pronunciado indeleble el epitafio:*

¡Qué lejos de mí quedé en tus brazos, padre!

Lejos, muy lejos ya,
quedaron las voces y las miradas,

y los pactos que sellaron los labios de manera contundente,
y el sudor y el abrazo primero y
el abrazo único

y el dolor interno,

el que estaba más allá de las entrañas y
que era prueba indudable,
lo confirmaba cada poro, de
la existencia del espíritu.

¿A qué saben el paraíso y la gloria eterna, hijo?

Saben a la distancia,

*a un horizonte que se niega a acabarse
como la tarde.*

*Saben inhumanos y mortales,
monótonos y blancos,
saben a carne estéril, a
ojos desorbitados,
a ciego andar sin carrera funeraria.*

En su sabor desaparecen

*los últimos recuerdos de lo que fuimos: la
tierra y el brote,
el fruto en vela y caída,*

la rama firme y el tacto de hojas,

*la llama y la danza de sus sombras, y
el fuego y las cenizas
y la brasa de heroísmo anónimo, el
agua y la humedad del alma, río en
carcajadas sobre las rocas,
los peces y las navegaciones a contracorriente.
También la sal, y el azul.*

*Con el último suspiro
llega la gracia eterna,
cubre como cubre la tarde, es
la tarde:*

¡Qué lejos del amor está el paraíso, padre!

Un solo cuerpo,

un solo espíritu,
alabanza a una sola voz, melodía
reptante

que siempre ha estado y estará ausente.